

Toti Martínez de Lezea



El Verdugo de Dios

Un inquisidor
en el Camino de Santiago

En primavera del año 1239, en el Mont-Aimé, próximo a la pequeña población de Vertus, en el norte de Francia, durante el reinado de Teobaldo I de Navarra, conde de Champaña, 183 cátaros, hombres y mujeres, son ejecutados en la hoguera acusados de herejía. El responsable del crimen es un fraile, Robert Lepetit, llamado «el bugre», nombrado inquisidor por el papa Gregorio IX. Debido a sus muchos y horrendos crímenes, a su crueldad y sadismo, es depuesto, juzgado y expulsado de la orden de los dominicos. Escapa de la cárcel y emprende el camino hacia Compostela.

A lo largo de esta narración, el lector recorre el Camino de Santiago en Navarra, desde la zona de Baigorri hasta la población de Dorreaga-Torres del Río, convive con los personajes que habitan a la vera de la ruta peregrina: agotes discriminados durante siglos por oscuras razones, cátaros huidos de la quema de Montségur, templarios de las encomiendas navarras, constructores, junteros levantiscos...

Eder Bozat, su familia, el maestro Geoffroi Bisol, su hija Alix, Alazais, la muchacha cátara llegada a Navarra con sus padres, o el comendador del Temple, Bertrand de Garlande, serán algunos de los compañeros de este viaje en el que el amor, la pasión, el crimen y las creencias antiguas se hallan presentes, junto a la devoción, la política y la dureza de una época real.

A Mikel y Lorea

*Mi cariño para Xavier Santxotena, escultor y poeta,
descendiente del pueblo del bosque, por compartir
conmigo memoria y sentimientos.*

*Y mi agradecimiento a la profesora Raquel García
Arancón, por su apoyo y paciencia*

Vertus, 1239



El maestro de obras Geoffroi Bisol era un hombre ya maduro, de mirada penetrante, medio oculta bajo unas cejas espesas; abundante cabellera gris cubierta por un bonete y una espesa barba que lo hacía parecer mayor de lo que era. Vestía ropas de corte sencillo, sin pieles, adornos o joyas cosidas a ellas, pero la buena calidad de los paños desmentía la primera impresión que lo hacía parecer un simple artesano con algo de fortuna, un bodeguero o el dueño de un taller de telas. Se había ganado su fama trabajando en varias fábricas entre las cuales destacaba la propia catedral de su ciudad natal, Troyes, y sabía que no le quedaría vida suficiente para realizar los encargos que esperaban sobre su mesa de trabajo. Se hallaba supervisando la reconstrucción de la catedral de Châlons, destruida por un incendio unos años antes, cuando recibió un mensaje instándole a regresar sin demora a Vertus. Temiendo que algo grave hubiera ocurrido en su casa, ordenó aparejar la mula y se puso de inmediato en camino.

Ya había oscurecido cuando distinguió la antorcha encendida que iluminaba la entrada a la aldea cuya principal ocupación eran las viñas que la rodeaban y en la cual Madeleine y él habían construido su nido, lejos de la ciudad. Casi todos los vecinos trabajaban en las viñas y él mismo había adquirido una, de modestas dimensiones, en la cual se evadía siempre que el trabajo se lo permitía, es decir, ca-

si nunca. Su única hija, Alix, había nacido allí, llenando el espacio vacío que quedaba en su vida. A una edad en la cual sus conocidos ya eran abuelos, él había sido padre de una hermosa criatura. Por ella había vuelto a nacer, por ella... y por Madeleine, una mujer del pueblo, buena y caritativa, que había creado un hogar para él, el que le faltaba desde la muerte de su madre hacía ya diez años. Al igual que las antiguas sacerdotisas, mantenía el fuego del hogar encendido en todo momento y esperaba su regreso aunque su ausencia durase días y, a veces, meses. No hablaban mucho, sus lenguajes eran diferentes, sus ambiciones también. Él siempre tenía la mente repleta de líneas y formas, pero ella escuchaba su silencio y sus ojos mostraban la admiración que sentía cuando lo observaba trabajar inclinado sobre su mesa. El entendimiento suplía con creces la falta de palabras. Y luego estaba el lecho, frío durante casi toda su vida, y, de pronto, cálido y acogedor. No era un gran amante y tampoco podía decirse que alguna vez hubiera perdido la cabeza por un asunto que consideraba un mero desahogo, pero era reconfortante sentir a su lado el cuerpo de una mujer, oírla respirar. Desde su unión se había sentido un poco menos solo.

Antes siquiera de haberse apeado de la mula, le salieron a recibir varios de sus vecinos para comunicarle que Madeleine, junto con otras personas de toda la región, había sido apresada y llevada al castillo acusada de herejía.

—Dicen que hay allí cerca de quinientos detenidos —le comunicó su informante.

Hizo un cálculo rápido. El número le pareció un tanto exagerado, dado que los subterráneos del castillo no tenían capacidad para tanta gente. Lo sabía bien, puesto que él había sido el constructor del edificio, pero le vino a la mente la imagen del ganado amontonado en corrales y cuadras, y sintió un estremecimiento.

—Dicen —prosiguió el hombre— que el inquisidor quiere dar un escarmiento y planea un juicio colosal; ha jurado

acabar con todos los herejes de una sola vez.

—¡Satanás engendró a ese hijo con una bruja! —exclamó otro de los presentes, y los demás corroboraron su afirmación.

La locura se había apoderado de la región de Champaña a finales del último verano y desde entonces no había paz en los hogares honestos. Gregorio IX había puesto en marcha cuatro años antes un tribunal religioso especial para juzgar los casos de herejía. Dicho cometido estaba en manos seculares, pero a juicio del Papa, los procedimientos eran demasiado lentos y las penas leves, a pesar de haberse ejecutado ya a un buen número de herejes. El fraile dominico Robert Lepetit fue nombrado inquisidor para el norte de Francia y juró no descansar hasta no erradicar la herejía. A fe de muchos, lo estaba consiguiendo.

A Geoffroi le llevó un rato entender la razón por la cual Madeleine había sido encarcelada y escuchó atentamente las explicaciones que le dio un hombre entrado en años, vestido con un simple hábito negro a cuya cintura llevaba atada una cuerda y que se hallaba alojado en casa de otra de sus vecinas, la anciana Catherine que atendió a su mujer en el parto.

—Somos una comunidad cristiana que no hacemos mal a nadie —comenzó diciendo el hombre al cual llamaban obispo Moranis—; practicamos el amor hacia los seres humanos, incluso hacia los enemigos, y el cuidado de los pobres y de los enfermos, al igual que hizo Jesús. No pedimos dineros a nuestros seguidores, ni vivimos en monasterios; no tenemos iglesias ni catedrales. Nuestro templo es el mundo y nuestra fe el Sermón de la Montaña y el Evangelio de San Lucas. La Iglesia de Roma ha desencadenado sus furias contra nosotros, nos llama herejes y nuestros fieles sufren una terrible persecución, pero Cristo no tenía un techo sobre su cabeza; el Papa vive en un palacio y sus sacerdotes se enriquecen con el diezmo obligado. Aun así, creemos en la paz entre los seres humanos, condenamos la

pena capital porque nadie tiene derecho a arrebatarse la vida a un semejante, y estamos seguros de que, al final, el Bien triunfará sobre el Mal. Nos conocen por cátaros —concluyó con una sonrisa.

—¿Cátaros? —interrogó estupefacto.

—Nosotros nos llamamos buenos creyentes.

—¿Y qué tiene que ver Madeleine con todo eso?

—Ella es una de los nuestros.

La respuesta lo dejó atónito y tardó en reaccionar. Echó una mirada a su alrededor. Sus vecinos, aquellas gentes pacíficas con las cuales a veces se entretenía, hablaba de vides y recolecciones e intercambiaba saludos, se le aparecían ahora bajo otro aspecto: eran miembros de una secta condenada por la Iglesia, herejes, y él se sintió en aquel momento como la mosca atrapada en una gigantesca tela repleta de arañas. Su hija dormitaba sentada sobre una silla; la cogió en brazos sin decir ni media palabra y con el rostro lívido se encerró en su casa.

Pasó la noche en vela, sin dejar de vigilar el sueño tranquilo de la pequeña y temiendo que en cualquier momento aparecieran los sectarios, con su obispo al frente, para llevárselos a los dos. Durante aquellas largas horas, le vinieron a la mente pensamientos terribles; tenía las ideas confusas y el corazón destrozado. ¿Cómo era posible que él no se hubiera percatado de nada, que Madeleine, su buena esposa, hubiera sido una de ellos? Luego recapacitó. Su matrimonio no había variado su estilo de vida; las obras en lugares muy diversos lo obligaban a ausentarse de la casa durante largas temporadas; su mujer y él nunca hablaban sobre sus creencias, jamás se habían confiado sus pensamientos y deseos más íntimos. A él le bastaba con sentirla cerca, hacerle el amor de vez en cuando y que ella compartiera su silencio.

No sabía mucho de aquellos cátaros aborrecidos por la Iglesia y acusados de la más terrible de las herejías: la negación de la divinidad del propio Jesucristo, base de la

doctrina de Roma. No creían tampoco en la virginidad de María, los sacramentos, el culto a los santos o las reliquias; afirmaban la existencia de dos dioses: uno bueno y otro malo, creadores respectivamente del espíritu y de la materia, pero, sobre todo, acusaban a la Iglesia de Roma de ser instrumento del diablo. Era una religión de locos envenenados por creencias llegadas del oriente europeo y el Papa había llamado a la cruzada contra ellos. En lo que iba de siglo, habían tenido lugar dos guerras cruentas con miles de muertos en el sur, en Occitania, y ésta quedaba lejos de Champaña, país de catedrales y monasterios, cuyos verdes campos cruzaban los peregrinos que iban a rezar ante la tumba del santo apóstol Santiago, en Compostela.

Al día siguiente, nada más rayar el alba, y acompañado por Alix, se personó en el castillo condal y solicitó hablar con el inquisidor. Apenas pudo disimular su sorpresa cuando los introdujeron en una pequeña habitación y se halló cara a cara con el dominico. No era la primera vez que se encontraban y el individuo no era una persona a la que se olvidaba con facilidad.

Unos años antes, en la villa de Reims, el fraile fue a visitar la catedral de Notre-Dame y no escatimó halagos ante la maravilla que se alzaba en el mismo lugar que el primer templo, ocho siglos atrás. Santuario de la realeza y una de las más hermosas construcciones del nuevo arte en Francia, provocaba el asombro de los visitantes por sus dimensiones y líneas armoniosas. El estilo era osado, arrogante, hermosísimo y controvertido; todos los maestros constructores, carpinteros, canteros, vidrieros del reino, deseaban trabajar en la fábrica de Reims. Geoffroi había sido uno de ellos y colaboraba en el portal central de la fachada occidental, el consagrado a la Virgen.

El fraile dominico admiraba la fachada cuando, de pronto, su rostro mudó del placer a la ira al contemplar la talla en piedra de la Virgen en la parte central superior. La imagen representaba a una mujer muy hermosa cuyo cabello,

suelto al modo de las doncellas, enmarcaba un rostro sonriente y perfecto; vestida a la moda de las damas nobles de Champaña, los pliegues de su túnica sujeta bajo el pecho parecían tener movimiento y sus brazos se extendían acogedores, invitando al abrazo.

—¡Blasfemia!

El grito indignado del fraile resonó por encima de las voces de los albañiles y los martillazos de carpinteros y canteros; el ruido cesó y todas las cabezas se volvieron hacia él.

—¡Blasfemia! —repitió—. ¡Indecencia e inmundicia!

—No os entiendo... —dijo Geoffroi, tan sorprendido como los demás por su reacción.

—¿Quién ha osado colocar a una ramera en la puerta de entrada a la casa de Dios? —insistió el dominico señalando con un dedo acusador a la figura.

—Es una imagen de Nuestra Señora y he sido yo mismo quien la he esculpido —respondió el constructor ofendido.

—¡Arderéis en el infierno, maestro constructor! Esa mujer no es la madre de Cristo; es una ramera que sonríe con lascivia e incita a los hombres a acudir a su lecho.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, el ya inquisidor se había subido al andamio, había asido una barra de hierro y golpeado con furia la imagen, rompiéndola por la mitad. No contento con ello, continuó golpeando hasta destrozarla por completo. Geoffroi estaba paralizado y no daba crédito a sus ojos. Jamás había sido agraviado de tal modo, jamás nadie se había atrevido a insultarlo de aquella manera. La estatua le había llevado meses de trabajo y el resultado, en su opinión, era lo mejor que había hecho en toda su vida.

—Quiero una imagen de María en el centro —le había dicho el arzobispo—, una imagen diferente a las demás; que esté viva, que respire. Esas vírgenes sentadas en majestad, con la corona en las sienes y el niño sentado en sus rodillas, no me dicen nada, no expresan sentimientos.

Aunque estaba de acuerdo con el prelado, nunca se le hubiera ocurrido a él decir algo semejante, pero el arzobispo no era un hombre como los demás. Decía lo que le parecía y lo hacía bien alto para que no quedaran dudas. Era un hombre con una gran personalidad y miembro de una familia influyente, pero él, un simple maestro de obras, no estaba a su altura y se limitó a afirmar con un gesto y a ponerse de inmediato a trabajar. El encargo le quitó el sueño hasta olvidar otras tareas pendientes; dibujó decenas de bocetos hasta dar con uno y sonrió satisfecho cuando, finalmente, logró plasmar sobre el papel lo que deseaba. Modeló la imagen en arcilla y, sin casi darse cuenta, cinceló después la figura de su mujer ideal. Estuvo a punto de lanzarse al cuello de aquel fraile loco que osaba destrozar su obra, pero se contuvo. El inquisidor era un enemigo peligroso y él un hombre práctico; no estaba dispuesto a ser encarcelado o ejecutado por un arrebatado de ira. La vida era algo más importante que el orgullo ultrajado.

—Me han dicho que mi esposa está aquí —dijo sin apenas responder al saludo, igualmente sorprendido, del dominico, quien lo reconoció nada más entrar.

—¿Vuestra esposa?

—Me han dicho que fue hecha presa hace unos días, acusada de... de herejía.

El fraile no respondió de inmediato y se lo quedó observando con detenimiento antes de hacerlo.

—¿No lo sabíais? —preguntó al fin.

—Lo supe ayer. He pasado las últimas semanas en Châlons dirigiendo la reconstrucción de la catedral.

El dominico hizo una seña a otro fraile que se mantenía cerca de la puerta y éste desapareció para volver al poco con una carpeta de piel repleta de documentos.

—¿Cuál es el nombre de vuestra esposa?

—Madeleine, Madeleine Laforche.

Durante unos momentos, Robert Lepetit repasó, con el ceño fruncido, la relación de nombres inscritos en una lista

extraída de la carpeta. Geoffroi no podía aguantar su nerviosismo y, al mismo tiempo, sentía un molesto cosquilleo en las palmas de las manos. Alix, ajena a la situación, comenzaba a impacientarse y a tirar del brazo de su padre, pero él la mantenía asida con firmeza.

—¡Aquí está! —exclamó finalmente el inquisidor con un tono de voz que al constructor le sonó a victoria.

—Exijo su libertad inmediata —ordenó, intentando mostrarse tranquilo—. Mi mujer no es una hereje.

—No exijáis nada, maestro, el asunto es mucho más grave de lo que vos suponéis. La Iglesia está en peligro; el reino entero lo está. Los herejes se han infiltrado por todas partes, amenazan a las buenas almas. Bajo una apariencia inofensiva, esconden los más terribles propósitos y pretenden acabar con el mundo creado por Dios Nuestro Señor.

—Mi esposa...

—Vuestra esposa es una de ellos —afirmó el dominico interrumpiéndole con sequedad—. Todos los nombres que aparecen en esta lista han sido examinados, interrogados y acusados formalmente de herejía.

—¡Tiene que haber un error!

—No hay errores posibles cuando está en juego la propia existencia de la Iglesia.

Geoffroi abandonó el castillo poco después. No sólo no había conseguido convencer al inquisidor, sino que, en algún momento, éste le había aconsejado no insistir en el asunto so pena de verse él mismo acusado como sospechoso de defender la postura herética. Tampoco logró ver a Madeleine.

Durante varios días, después de dejar a su hija al cuidado de la mujer de Lucien, su maestro cantero, recorrió la región de Champaña en busca de ayuda; habló con obispos, abades, alcaldes, personas influyentes de las ciudades y pueblos en los que había llevado o llevaba a cabo obras. Las sonrisas de bienvenida se trocaban en actitudes poco amistosas o, todo lo más, de conmiseración en el momento

en el que mencionaba la razón de su visita. Únicamente encontró un oyente atento en el arzobispo de Sens, un viejo amigo, para el cual había trabajado en varias ocasiones.

—Querido maestro, me temo que os halláis en una situación difícil —le dijo el prelado al tiempo que lo invitaba a tomar asiento a su lado—. Lepetit es un hombre peligroso, decidido a todo con tal de hacer méritos ante el Santo Padre. Lleva ya algún tiempo acusando y logrando la ejecución de cátaros en otros lugares del reino. Ha encendido hogueras en Douai, Cambrai, Elincourt y en muchos otros sitios; cuenta con el beneplácito de altas instancias en la curia y el apoyo personal del rey Luis. He enviado varias cartas al Papa en las cuales le muestro mi disconformidad con sus métodos de actuación, pero sólo he recibido buenas palabras a cambio y la confirmación del apoyo del cual goza ese sujeto.

—Yo creía que el problema de los herejes concernía sólo a los del sur, los de las tierras del conde de Toulouse... —masculló Geoffroi para sí, y añadió a modo de disculpa—: Nunca me he preocupado mucho por ese tema.

—La guerra en el Languedoc, la destrucción de poblaciones enteras y la muerte de miles de personas han dado mucho que hablar en los últimos años, pero esa idea que vos tenéis, y muchos comparten, no es del todo correcta. Ocurre que en el sur el conflicto religioso va unido a otro político. A pesar de sus diferencias, esta vez el Santo Padre y el rey de Francia han llegado a un acuerdo para luchar contra un mismo enemigo. Ambos tienen mucho que ganar. La Iglesia desea acabar con una creencia que pone en duda su legitimidad y el rey tiene así una buena disculpa para frenar al conde y a sus nobles y, de paso, hacerse con sus tierras, las más ricas de toda Francia. Aquí, en el norte, aparte de algunas revueltas dirigidas por los barones, no existe el conflicto político y no hay razón para una guerra, aunque sí la hay para perseguir a los herejes. Os sorprende-

ría saber que su doctrina tomó cuerpo precisamente en esta región hace ya un par de siglos o tal vez más.

—¿Tan terribles son?

Geoffroi recordó la figura de Madeleine inclinada sobre la cuna de su hija con gesto de amorosa protección; vio su rostro dormido y en paz, y sintió su mano apoyada sobre él mientras lo observaba trabajar. Jamás, en los pocos años transcurridos desde su unión, le había hablado de religiones o sectas; acudía a la iglesia los domingos y dedicaba parte de su tiempo a ocuparse de un par de familias necesitadas del pueblo; nunca le había escuchado una palabra malsonante, ni le había visto un ademán desabrido.

—No son terribles, pero sí peligrosos para la Iglesia. Además de amenazar la fe y la unidad cristiana, pregonan la pobreza, la carencia de bienes materiales y la igualdad entre los seres humanos. Esto hace que muchos los vean con simpatía en este mundo nuestro en el cual los pobres son casi todos. Aunque es extraño —meditó el arzobispo en voz alta— que también consigan adeptos entre las clases acomodadas...

—Madeleine no es una de ellos —afirmó convencido el constructor.

—¿Cómo lo sabéis?

—Nunca ha dicho ni hecho nada que pudiera ponerme sobre aviso.

—No hace falta pregonar lo que se cree, basta con sentirlo.

—¿Y qué hay de malo en eso si no se hace daño a nadie?

—Sois un buen hombre, maestro, e intentaré ayudaros, pero Lepetit no goza de mis simpatías ni yo de las de él, así que no puedo prometeros nada.

Aún llamó Geoffroi a otras puertas con idéntico resultado hasta que, cansado, fue en busca de su hija y regresó a Vertus. Sintió una sensación de frío al penetrar en la casa, no sólo porque el tiempo había sido desapacible y lluvioso

durante las últimas semanas, sino porque el hogar acogedor era ahora una vivienda vacía de calor humano. Como si hubiese tenido la misma percepción, Alix comenzó a llorar con desconsuelo, y el gran constructor capaz de elevar torres, planificar puentes y dar vida a las piedras se dio cuenta de que era incapaz de ocuparse de una criatura de cinco años. Nunca se había preocupado por los menesteres caseiros, siempre había tenido quien lo hiciera por él: primero su madre, luego sus ayudantes o sus mujeres, después Madeleine... Suspiró desalentado y miró a su alrededor. ¿Por dónde empezar? La niña continuaba llorando y él no sabía qué hacer para calmarla cuando oyó llamar a la puerta y el corazón le dio un vuelco. Madeleine, ¡por fin! El arzobispo de Sens había cumplido su palabra. Se apresuró a abrir y la sonrisa se borró de su rostro.

—Dejad que os ayude, maestro Geoffroi.

Catherine alargó los brazos para tomar a la niña y él no pudo negarse. Alix dejó de llorar al sentirse acogida por la mujer que le había ayudado a nacer, la vieja partera cuyas ropas olían a hierbas y a musgo.

—Estáis agotado, maestro, lo leo en vuestro rostro —prosiguió la mujer al tiempo que acariciaba el cabello de la niña—. Debéis descansar. Yo cuidaré de ella, al menos por esta noche, para que podáis dormir tranquilo. También os enviaré algo de comida para que tengáis algo caliente que echaros al estómago.

El constructor intentaba pensar mientras prendía fuego en el hogar a unos leños a medio quemar y añadía otros nuevos. Su ordenada vida había sufrido una sacudida de la noche a la mañana, convirtiéndose en un caos dentro del cual él giraba sin rumbo, como una peonza. Debería haber rechazado el ofrecimiento de su vecina. Su hija corría peligro entre aquellas gentes señaladas por el dedo implacable de la Inquisición, las mismas que habían pervertido a Madeleine y la habían atraído hacia ellas con malas artes, y sin embargo..., el único ofrecimiento de ayuda verdadera ha-

bía partido de una de ellas. Estaba demasiado cansado para poder pensar, la cabeza le daba vueltas, sentía las piernas flojas y los ojos se le cerraban. Comió, sin dejar una gota, el potaje de verduras enviado por Catherine y se tumbó en la cama, quedándose inmediatamente dormido.

El juicio contra los herejes, presidido por el conde Teobaldo de Champaña, tuvo una amplia repercusión en toda la comarca y en las tierras vecinas. Dieciséis prelados de las sedes episcopales del norte de Francia acudieron a las sesiones; también lo hicieron los abades y priores de las abadías y monasterios más importantes de la región, teólogos, maestros en leyes, escribanos y todos los barones del condado. El arzobispo de Sens no acudió. Corrió el rumor de que era una forma de protesta, aunque nadie supo decir a ciencia cierta la razón de su ausencia, pero al maestro constructor se le esfumaron las pocas esperanzas que aún tenía.

A medida que se aproximaba el desenlace, el número de curiosos en los alrededores aumentaba día a día, como siempre ocurría en casos parecidos. Asimismo, llegaron al lugar multitud de mendigos, truhanes, prostitutas, vendedores ambulantes y predicadores iluminados con la esperanza de beneficio, aprovechando la afluencia de público al evento. La perspectiva de un gran espectáculo en el cual, con toda seguridad, se ejecutaría a un buen número de hombres y mujeres no dejaba a nadie indiferente. El horror y la lástima se mezclaban y la sensación provocada era difícil de describir.

—Los romanos les daban pan y circo; nosotros no les damos pan, pero sí herejes —comentó un barón en tono despectivo al observar a la muchedumbre acampada a los pies del castillo.

El maestro asistió al juicio mezclado con algunos clérigos menores, alcaldes y pequeños señores rurales que ha-